

ECUADOR

Debate

CONSEJO EDITORIAL

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,
Fredy Rivera Vélez, Jaime Borja Torres, Marco Romero.

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez-Parga. 1982-1991
Editor: Fredy Rivera Vélez
Asistente General: Margarita Guachamín

ECUADOR DEBATE

Es una publicación periódica del **Centro Andino de Acción Popular CAAP**, que aparece tres veces al año. La información que se publica es canalizada por los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones y comentarios expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 30

ECUADOR: US\$ 9

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$ 12

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 3

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173 B, Quito - Ecuador

Fax: (593-2) 2568452

E-mail: caap1@caap.org.ec

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

PORTADA

Magenta

DIAGRAMACION

Martha Vinueza

IMPRESION

Albazu Offset



ISSN-1012-1498

ECUADOR DEBATE

59

Quito-Ecuador, agosto del 2003

PRESENTACION / 3-5

COYUNTURA

Dolarización: se acumulan dudas / 7-18

Marco Romero

La coyuntura en el engañoso espejo de los medios de información / 19-23

Javier Ponce

La agenda hegemónica: guerra es paz / 25-39

José María Tortosa

Conflictividad socio-política: Marzo – Junio 2003 / 41-47

TEMA CENTRAL

Exceso de maternidad y descalificación paterna / 49-64

Marie-Astrid Dupret

Imaginario femenino y tradición oral / 65-78

Imelda Vega-Centeno B.

La feminidad: cómo se construye / 79-87

Martine Lerude

Imágenes de mujeres y educación:

Quito en la primera mitad del siglo XX / 89-101

Ana María Goetschel

Las marcas de la violencia en la construcción sociohistórica

de la identidad femenina indígena / 103-122

Ursula Poeschel-Renz

Mujeres como madres, mujeres como agricultoras / 123-136

Laurie Occhipinti

ENTREVISTA

Universidad y sociedad / 137-142

Conversación con Denis Favart

DEBATE AGRARIO-RURAL

La reforma estructural y la competitividad
en el sector agrícola del Ecuador / 143-150

Tatsuya Shimizu

Fuerza de trabajo y floricultura: empleo, ambiente
y la salud de los trabajadores / 151-161

Raúl Harari

ANALISIS

La historia de límites en los libros de texto del Ecuador:
análisis de contenido categorial o temático / 163-179

Juan Carlos Jaramillo

La sospecha es legítima: Marcos ¿revolucionario postmoderno? / 181-188

Antonio Correa

CRITICA BIBLIOGRAFICA

La seducción populista en América Latina / 189-196

Comentario: Flavia Freidenberg

La Coyuntura en el engañoso espejo en los medios de información

Javier Ponce C.

la incertidumbre política le están brotando nuevos jueces: los medios de comunicación. Ante la ausencia de oposición política al régimen, están copando ese espacio los propios miembros de Sociedad Patriótica y algunos sectores de Pachakutik, pero particularmente los comentaristas de televisión. Simultáneamente, podemos observar que un proceso político que nació con elementos inéditos está, paradójicamente, reemplazando sus originalidades por una secular inestabilidad y por un nuevo escenario de crisis, acompañado de un compás de espera por parte de las elites políticas que se mantienen a la sombra, hasta ver qué pasa con Lucio Gutiérrez.

¿Cuáles eran esos elementos inéditos, vistos desde la curiosidad de un periodista? Pocos, pero dignos de una atención más detenida que la que obtienen, particularmente por parte de los medios informativos.

Primero, de los tres candidatos que disputaron los primeros lugares en la primera vuelta, dos se habían apoyado en campañas electorales más bien pobres, algo que, sin embargo, en la segunda vuelta se revertiría parcialmente en el caso de Gutiérrez por efecto del

oportunismo de los tradicionales financieros de la política.

Segundo, los tres habían improvisado tiendas políticas para la contienda, generando partidos o movimientos a espaldas de los históricos que mantuvieron su vigencia en el congreso; lo que significa que el fracaso en la elección presidencial se lo deben cargar a sus líderes. *Tercero*, con Lucio Gutiérrez llegaba al poder por primera ocasión el movimiento indígena, luego de una década de creciente protagonismo.

Cuarto, es la primera ocasión, al menos desde las épocas del liberalismo alfarista, que un militar llega al poder por la vía de las urnas, lo que da un vuelco a la secular influencia militar en el poder político. Y adicionalmente, es la primera vez que un militar que comandó un golpe de Estado, se consagra por la vía de la democracia, lo que parecería confirmar una reciente y original estrategia política en el país que consiste en cooptar la práctica de los golpes de Estado dentro de la "convivencia" democrática.

En ese panorama particular, se encuentran, por un lado Lucio Gutiérrez en el goce del poder y de una experiencia para él desconocida, y por otro lado

el mandatario que, presiento, no sólo no sabe hacia dónde va sino que no le interesa saber y menos aún proponer al país, porque la incertidumbre le permite, por el momento, soslayar los conflictos y navegar sobre ellos. Al menos mientras le dure su capital político. Quizás Gutiérrez intuye que no tiene margen de maniobra frente al neoliberalismo, pero que tampoco es necesario abanderarse de él.

Pero en todo ello, existe algo que, me parece, desde los medios de información no lo entendemos: que estamos frente a un momento de transición política más que otra cosa, de, como afirma Alberto Adrianzén, lo viejo se está muriendo y lo nuevo no quiere nacer. Pero está allí, en ciernes, en desorden, tanteando los terrenos del poder, mientras se constituyen las estructuras y los liderazgos, que tal vez tampoco lleguen a fructificar, y la aureola entre ritual y étnica de Pachakutik se desvanezca en la constitución de un partido político como los partidos mestizos que conocemos.

Sin embargo quiero insistir en este aspecto de "transición" para agregar unas pocas reflexiones sobre la relación de esta transición con los medios informativos, especialmente los de televisión y radio.

Los medios de información se han asumido como los celadores de la democracia. Su discurso sigue siendo el mismo: garantizar la democracia, al mismo tiempo que autovalorarse como el espacio de la participación ciudadana, a nombre de un fantasma llamado "opinión pública". Y al hacerlo, confunden la coyuntura, no visualizan la tran-

sición que vivimos, los derroteros que el país puede tomar en los próximos meses.

Pero podríamos preguntarnos qué es la opinión pública, dónde se genera, a través de qué equívoco proceso se construye. Lo más fácil es afirmar que la opinión pública se la inventan los medios. Es más complejo que eso. Hay una legitimación, un asumir por parte de la población de la llamada "opinión pública" que me recuerda a la transición analizada primero por Michel Foucault y más tarde por Toni Negri, entre una sociedad de la obediencia (con sus aparatos de represión) y la sociedad del control (donde la conciencia reemplaza al aparato).

¿No es, finalmente, la opinión pública una manifestación de esas formas de control que se sustentan en la aceptación general de cierto orden social y político? Pero es una manifestación cuya génesis podemos encontrar en una confusa aleación entre la voluntad de los medios, el poder, las encuestas, una trilogía perversa que se apoya en las certezas colectivas e inconscientes que actúan como fundamento de los comportamientos.

En ese proceso de construcción o deconstrucción de opinión pública ¿puede considerarse a los medios de información como un instrumento que marca perspectivas en democracia? ¿Cómo ventilan los medios, los conflictos políticos y sociales sin entenderlos como los factores dinámicos de una sociedad? ¿Vuelven insalvables los conflictos o propician consensos? ¿Hasta qué punto fragmentan y diluyen, descuartizan y deforman los hechos políti-

cos para presentarlos como factores de desorden, en último término de ingobernabilidad?

Hay un factor que parecería sustentar a los medios en las épocas modernas: la incorporación de una masa de población a la que podría denominarse provisionalmente y de forma incompleta como ciudadanía –aspecto en el que se detiene en sus distintas obras Néstor García Canclini-. Pero esta inclusión es, a su vez, en los medios, una exclusión, en cuanto consagra como “opinión pública” aquello que se ha construido caprichosamente al margen de los ciudadanos, en algún limbo.

¿Cómo se desenvuelven los medios en democracia? ¿Cómo se manifiesta su supuesta independencia en coyunturas como la actual?

La relación de la democracia con la comunicación, concretamente con los grandes medios de comunicación, es una relación extraña, paradójica, perversa a momentos. Es, por una parte, una relación al interior del poder. Es por otra el inútil intento de deslindar terrenos con el poder. Y en el centro de esa condición ambivalente está lo que es la mayor fortuna y la mayor pérdida de la comunicación: la credibilidad. En torno a la credibilidad se debate la suerte de la comunicación como parte del poder.

Junto a la preocupación por la credibilidad, encuentro que existen tres angustias sustanciales a las que me he referido en varias ocasiones durante los últimos años: la condición de prisionero de los secretos de Estado que vive el comunicador; el modo cómo la comunicación refleja a la sociedad y particularmente a sus segmentos más pobres; y la

situación de la comunicación frente a la pluralidad.

Frente al poder, el periodismo proclama dos derechos: el derecho a tener acceso a las fuentes de información; y el derecho a guardar la reserva de sus informantes. El primer derecho y su sistemática negación, ya lo ilustró un ministro de Gobierno a propósito de las investigaciones sobre unos gastos reservados: eso es ya un cadáver, un muerto jurídico, nadie podrá arrancarle una palabra, se llevó a la tumba –léase la incineradora de la contraloría y la dócil conciencia del contralor- el secreto de esos gastos.

Hemos sacralizado el secreto de Estado. Le hemos dado patente de corso. Lo hemos convertido en un ingrediente natural del ejercicio del poder. Son cotidianas tres actitudes al respecto: una, el ministro o el legislador que dice “no me hagan hablar, no me provoquen, porque puedo revelar verdades que harían temblar a más de uno”. Dos, el valiente funcionario o el poderoso caído en desgracia que no fue capaz de actuar con ética y que, cuando lo defenestran, canta sus verdades y se purifica en ese gesto. Tres, el funcionario que sustenta su arrogancia en poseer secretos de Estado.

Hemos aprendido a reconocer los actos de corrupción o los crímenes de Estado por boca de los corruptos y los asesinos. A los periodistas, en este país, no nos queda otra alternativa que dar fe a los rumores, cubrir la retirada o la cobardía de los informantes, actuar sobre los rencores políticos para investigar, desempolvar con enorme trabajo las memorias para encontrar la relación entre los hechos.

Y todo ello es visto como un hecho natural, porque en el país no hay el hábito de estar informado. Por tanto, aceptamos sin molestarnos una información de mala calidad. El sistema se sustenta en la desinformación. Más aún: la ausencia del derecho a la información nos deja, paradójicamente, de por medio, un vacío, una ausencia.

No hay derecho a la memoria que es donde la información se sedimenta. Tenemos un rasgo característico: el olvido, lo que nos arrastra a una constante nostalgia de identidad. Una crisis de identidad que, afirma Julia Kristeva, ocurre en las naciones y en los individuos: no sabemos más quiénes somos, ya no tenemos más aspiraciones, proyectos, cada uno se repliega sobre sí mismo, y todo aquello puede conducirnos al suicidio social.

Yo me pregunto qué ocurriría si se instaurara, no sólo el derecho a la información, sino algo que va más lejos: el derecho a la palabra. Si los silencios hablaran, no habría nada más subversivo que lo que pudiese nacer de sus voces. Si todos los silenciados de nuestro país hablaran. Qué pasaría, me pregunto, si en el Ecuador consiguiéramos derrotar al secreto de Estado, ese secreto que militares y policías han extendido a todos sus actos, sean o no materia de reserva? Qué sociedad surgiría de allí? Es posible derrotarlo sin antes conquistar, no el derecho, sino el hábito, la necesidad de la información?

Mientras tanto, si la democracia puede ser el escenario en el que quepamos todos, me desazona el modo cómo los medios de comunicación presentan a un amplio sector de la sociedad: el pobre.

¿Cómo participan los pobres en la información? Sorprendidos, tomados al azar quejándose de otros pobres; o presentados con sus pecados para justificar las exclusiones. Sorprendidos en el descontento, abordados en el momento en que sus sentimientos son confusos o contradictorios, los pobres ratifican con su desconcierto la necesidad de una clase política que estructure sus discursos abruptos, que encamine sus quejas desordenadas.

Igualmente, cuando se trata de consagrar la exclusión, allí están los medios, retratando en sus páginas o en sus pantallas a los pobres sorprendidos en las situaciones más vulnerables y más miserables. A eso, los periodistas llaman historias humanas, vendedoras.

La comunicación, en este caso, se convierte en espectáculo. Los medios se convierten, de este modo, en instrumentos de control social, en cómplices de una democracia limitada. Volvemos, de ese modo, a las sociedades de control evocadas por Foucault y Negri.

Finalmente, los medios de comunicación masivos, me temo, no están trabajando, como parecería lógico, para producir más sociedad. Si se los acusa de despolitizar a la población, podría decirse también que caminan al borde del peligro de des-socializarla, de neutralizar lo social, en la medida en que neutraliza y mina las relaciones sociales fundadas en la diversidad.

Por último, si volvemos a la preocupación por la credibilidad, cruzada por las angustias que acabo de exponer:

¿Podrán los medios recuperar credibilidad si aparecen como cómplices de los secretos de Estado?

¿Podrán recuperar credibilidad si hacen de la información un espectáculo?

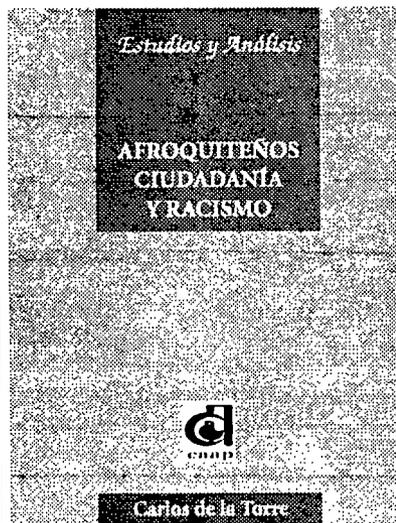
¿Podrán recuperar credibilidad si no alcanzan a reflejar las diversidades?

Yo quisiera quedarme allí. Y si me quedo en esa pura constatación es porque pienso que la mayoría de nuestros medios de información, en su afán de

tomar distancia del poder encarnado en el gobierno actual, están afirmando su poder asentado en nada, en un vacío al que le denominan "opinión pública"; están haciendo de la información de oposición un espectáculo; y no entienden el carácter de la transición que es la forma que este momento toma la diversidad.

PUBLICACION CAAP

AFROQUITEÑOS: CIUDADANIA Y RACISMO



El funcionamiento del racismo, que victimiza a los negros urbanos, tomando como estudio de caso a la ciudad de Quito, es uno de los problemas estudiados.

Carlos de la Torre Espinosa

El libro está dividido en cuatro capítulos. El primero, da cuenta de la estructura racializada de la ciudad de Quito, prestando particular atención a las manifestaciones del racismo en la policía y otras instituciones encargadas del control social, en el sistema educativo, en los lugares de vivienda y en el mercado de trabajo. También analiza cómo los afroecuatorianos construyen sus identidades sexuales y de género. El segundo, estudia las estrategias colectivas de resistencia y procesamiento al racismo tales como: el paternalismo, el corporativismo y las luchas por la igualdad ciudadana. En el tercero, se examina las instituciones y los agentes involucrados en la generación de identidades negras alternativas, observando las ambigüedades de estas nuevas identidades hacia la construcción de una sociedad más justa y democrática.

El capítulo final, de conclusiones, discute la similitud de patrones y diferencias con el racismo en contra de los indígenas, así como las posibilidades de construir ciudadanías en el país.